

Los Contemporáneos



Travieso y...

LA HERMANASTRA

Número extraordinario

NOVELA POR

ADELA CARBONE

10 Cents.

PILOJUBLIMAD

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



—¿Quieres saber quién es ella,
la que tanto me tortura;
la que sólo por ser bella
representa una fortuna;
la que los hombres admiran
por su fragancia y tersura,
y las mujeres envidian
por su sin par hermosura?

—Escoge cualquier mujer
que use crema PECA OURA
y habrás resuelto el problema
que, según tú, te tortura.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.
PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocio Flor, Mimoso, VÉRTIGO, ACACIA, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de
CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12. CAPELLANES, 12. Precio fijo

PIANOS

GAVEAU, PLEYEL, A. BORD
CONCERTAL, etc., al contado y
plazos, desde 25 pesetas. Pianos
verdadera ocasión, garantizados
desde 400 pesetas. Alquileres desde
10 pesetas. Afinaciones, compras,
cambio y reparaciones. AUTO-
PIANOS

R. ALONSO

22, Valverde, 22.

MADRID

Les usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

Ayuntamiento de Madrid

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

LA HERMANASTRA

CAPITULO PRIMERO

COMO PRÓLOGO.

Querido Pepe: Te dedico este cuento, sin obligarte a que lo leas. Si, por galantería hacia mí, te decides a leer faltando a tu costumbre, te agradeceré el sacrificio, pero—con toda franqueza, amigo mío—no es preciso que te tomes ese trabajo. Bástete saber que en este relato se presenta el caso de una solterona que está aislada, que está triste y que no vivió la vida sentimental y apasionada.

En muchos hogares crece esta rama parásita y desdenada. Tú mismo has conocido alguna mujer así. Es la que reprende a los hijos de los otros... la que dirige a la servidumbre; la que se afana el día en que hay fiesta en la casa; la que no baila y se pone un vestido arreglado de su hermana, de su tía o de su madre, que ha muerto hace muchos años. Aquella a quien todos consideran como un lastre, como una

carga. La que va al teatro cuando hay que acompañar a las niñas, y se queda en casa cuando el espectáculo es interesante.

Es la que sabe tocar al piano algún vals... La que cuida la canariera, poniendo un tierno afán en que tengan los pajarillos su compañera cantarina.

Relegada a un segundo término esta criatura, habitualmente comprensiva, forma de su posición una atalaya desde donde ve los acontecimientos. Cuando advierte el peligro, no se la cree. Se sospecha que son venganzas incubadas por la envidia. Cuando pone el lenitivo al dolor no se la agradece el bien: es lo menos con que puede pagar la hospitalidad recibida. De este modo, cuando alguien, compadecido, le tributa una ternura, ella desconfía... observa... Y como el amor que no es deseo, no insiste al ofrecer-

se, esta mujer—paria de las familias, el eterno convidado sin pareja en los festines de la vida—vaga melancólica y hosca por el bosque romántico, espantando el ave azul de la ilusión con sus pasos resonantes de mujer que desconoce lo que es atravesar en puntillas un corredor sombrío, o descender una escalinata llevando apretados sobre el pecho, como un escudo, unos zapatitos delatores.

Tal es, querido Pepe, con ligeras variedades, la protagonista de esta historia de abnegación y desencanto.

He podido presentarte una heroína más en consonancia con tus *donjuanismos*. Una mujer bellísima... excesivamente fascinadora. Buena, de una transparente bondad visible en todo. Como debieran ser todas las mujeres... como pueden ser cuando quien escribe lo dispone así.

Pero... no: no es justo que se eli-

ja siempre a las mujeres de mayor fascinación.

Basta con que en la vida ocurra eso.

He simpatizado con el caso de Estefanía y me dispongo a relatarlo.

"Estefanía". Es el nombre de mi protagonista. ¿Te parece bien que la haya llamado así? ¿Te gusta ese nombre que rememora alguna historia de los días del Romanticismo, con su leve rumor de sedas pomposas y sus fragancias anticuadas de Hilang-hilang y sándalo?...

Cuando vivían las princesas eslavas, hubo alguna que se llamó así.

¿Sabes a quién le gustaba mucho ese nombre?... ¿No recuerdas? A aquella mujer que una tarde de octubre se murió de tedio entre tus brazos.

Con sincera amistad.

ADELA.

CAPITULO II

Cuando Andrés llegó aquella noche a su casa le extrañó mucho que Estefanía no corriera a abrirle la puerta, como era su costumbre.

Había llamado como siempre: dos largos campanillazos escandalosos.

—¿No está en casa la señorita?—preguntó al ama Librada que salió a recibirle cejijunta y ceremoniosa.

—Sí, está; sí, está. ¡Señor!... ¡No se impacienta poco el mocito!... Cualquiera creería que la señora fuera la luz de sus ojos...

—¿A qué viene ahora eso?...—refunfuñó Andrés, temiendo una tormenta familiar, que anunciábale, como el nublado precursor, la actitud

de la vieja criada.—¿A qué viene ahora eso? Quisiera saber...

—A nada viene, señor, a nada viene... ¡si yo hablara!...—Y un suspiro profundo, y una mirada de soslayo, llena de rencor, afirmaron más y más al muchacho en la repentina sospecha.

—Pero, ¿qué pasa, Librada? ¿Quieres decírmelo, o me vuelvo a la calle ahora mismo?...

—¡Virgen! ¡qué geniazo ha echado de un tiempo a esta parte el niño!... ¡Virgen de la Misericordia! En el nombre del Padre... ¡Qué tiempos de perdición!...

—¿Pero qué monserga es esa? ¿Te

figuras que me vas a asustar como cuando tenía tres años?

—¿Yo qué me voy a creer?... Sólo digo que si en mi juventud hubiera tenido tan poco respeto a los mayores... a la hoguera me echan.

—¿Pero qué he dicho?...

—¿Ni lo recuerda para arrepentirse!... En el nombre del Padre... del Hijo... Y el Espíritu...

Andrés se quedó solo en el ancho recibimiento de la casa. Las pisadas torpes de la vieja ama iban perdiéndose en el largo pasillo alfombrado, y aún se la oía rezongar.

—¿A qué vendrá todo esto?... — pensó Andrés.— ¡Bah! Algún chisme.

En aquella ciudad, a pesar de las reuniones en el Casino en el invierno y las horas de sociedad en los campos de sport durante la primavera, las mujeres se aburrían, por conocerse demasiado. Avidas de comentar cualquiera novedad daban, a veces, a una aventurilla sin importancia, proporciones de escándalo.

Cada vez que una antigua amiga de la casa visitaba a Estefanía, refiriéndole una calaverada de Andrés, la hermanastra se creía en la obligación de reprenderle como cuando era un adolescente y hacía novillos.

Muchas veces—¡cuántas veces! — quiso Estefanía serenar su rostro y disimular el disgusto, pero apenas Andrés la veía, exclamaba:

—¡Vamos! Ya se ve: hoy hemos tenido visita y comadreo, ¿verdad?... ¡Bien! ¡Muy bien!... Ya te habrán dicho que soy don Juan Tenorio, o José María, el *Tempranillo*, asolando los contornos ¿no es así?...

—¿En qué te fundas para tales suposiciones?...

—En esa cara. ¿Crees que no se te nota el enfado a cien leguas?... ¡Ya tenemos el *pentágrama*!...

Y "el *pentágrama*" eran las arrugas que se extendían sobre la blanca frente de la hermanastra apenas una preocupación la invadía.

—¡Nada de *pentágrama*!—replicaba ella, tratando de recomponer su fisonomía y afectando un gesto indiferente. — ¡Nada de *pentágrama*!...

Pero luego, por cualquier causa, por un motivo insignificante, surgía la razón del enfado: "*Fulanita* la había informado de..." "*Menganita* sabía que..." Ella comprendía muy bien que los hombres tienen que divertirse; ella se hacía cargo... sí; pero él, que iba siendo poco a poco todo un señor abogado, no debía tampoco olvidar su situación. Huérfano... sujeto a una renta mediocre... Educado por su hermanastra, que por cariño hacia él renunció a todas las alegrías de la juventud, habiendo sido—él lo sabía—una de las muchachas más bonitas de su época. Pero como se vio a los quince años sola en el mundo, con su madre muerta, con su padrastro que se alejaba hacia la tierra americana... acogió a aquel hermanito de tres días entre sus brazos demasiado inhábiles aún, y no pensó más que en él, sólo a él consagró su maravillosa juventud. Las amigas se admiraban de su pasividad. ¿Cómo era posible que ella, una niña aún, empuñara las riendas de una casa y fuera la sola protectora del pequeño Andrés, que llegaba a la vida entre lamentos de agonía y sollozos de adiós!

—¡Este Agustín es un miserable!—exclamaba alguna parienta, protestando de la conducta del padre de Andrés.—Dejarte así, sola... ¡con una criaturita recién nacida!

—Y ¿qué iba a hacer también el hombre?—disculpaba Estefanía.—¿Va a morirse de pena entre estas paredes?... Tiene razón: Es preferible que cuanto antes, mientras el niño es chiquitín y no precisa más que de los cuidados del ama, es preferible que vaya a Buenos Aires, liquide sus propiedades en las mejores condiciones y ya, con los bienes hechos papel del Estado, vuelva a España y se instale... nos instalemos, en una casa más pe-

queña y se alquile la casona—que es ya sólo un recuerdo triste para todos: ¡Es lo mejor! ¡Es lo mejor! Agustín se irá en seguida: con el viaje se le hará más llevadera la pena...

Y al decir esto lo creía, disculpaba ella misma, sin darse cuenta, la conducta egoísta del padrastro, y su risa infantil y su gracia núbil trocábase, como por obra de encantamiento en precoz serenidad.

Pasaron meses y meses. Al cabo de un prolongado silencio de cerca de un año Agustín escribió una carta llena de contradicciones y de incoherencias: Estefanía comprendió entonces quién era su padrastro... "La fortuna se le mostraba *en contra*... las casas vendidas con precipitación no habían producido lo que había costado su construcción... los terrenos—¡Oh! los terrenos subastados, *tampoco* dieron las ganancias sospechadas ¿qué hacer? Permanecería algunos años más en la Argentina trabajando como un *emigrante*... ¡Hasta estaba dispuesto a *sacrificarse* por su Andrés y por su Estefanía a quien consideraba como otra hija... Y tal vez contrayera matrimonio con una dama de cierta edad, pero millonaria".

Estefanía rompió la carta: dió por terminada toda relación con el padre de Andrés. Ella sola, con su modesta renta, educaría al hermano huérfano. Seguirían viviendo en la casona. Aquel hombre no merecía el culto que ella le hubiera rendido, por haber sido el esposo de su madre, por ser el padre del hermano pequeño.

Lloró mucho al verse sola, sin la remota esperanza de un cariño paternal que, aunque lejano, era como una sombra serena y protectora a quien se acogió su corazón prematuramente melancólico.

Teniendo al chiquitín en su regazo lo acunaba, lo adormecía, acunando así, ella misma, sus ensueños juveniles y adormeciendo sus pasiones, para

ser sólo una mujercita sensata, una madre abnegada, un ama de casa un poquito huraña, pero digna y admirada por todos.

Pasaron, monótonos los días... Pasaron los años. Llegó el momento en que Andrés tuvo que ir a la escuela, pero como habíase acostumbrado a aquella vida de mimos y halagos, entre las caricias de Estefanía y los besos ruidosos del ama Librada, cuando a las ocho de la mañana había que zambullirse en el agua y echarse a la calle con la mochila cargada de libros, el muchacho protestaba y como sus protestas no eran atendidas por la hermana, sino que, por lógica, exigía le el cumplimiento de su deber, en la desordenada imaginación juvenil, surgía un rencor sombrío por la severidad, que él juzgaba tiránica.

Por otra parte el ama Librada, con sus intemperantes ternuras fermentaba el fuego en el infierno espiritual del infatigable. Muchas veces cuando regresaba del colegio y Estefanía obligábase a repasar las lecciones, cada vez más complicadas, Librada entraba en el cuartito de estudio, adornado con aburridísimos mapas y alguna estampa histórica, anacrónica y confusa. La llegada del ama era una liberación para el hastiado estudiante, porque no sólo confortaba su cuerpo con algún bollo o un puñado de guindas, sino que, en su ignorante bondad dábale por seguro que su desdén por el estudio era justificado y que toda persona amante de la lógica debía protestar con las mismas energías que él y su bondadosa ama protestaban.

Después que el chico comía las golosinas, Librada cerrábale el libro.

—¡Ea! Se acabó por hoy, ¿verdad?... Sí, sí: se acabó por hoy la tarea. Ya no lee más mi hijín rico, ¡vaya!... ¿Para qué tanto machacar? ¿Para qué sirve tanto libraco, señor?... El que quiere ser trabajador igual lo es estudiando que no... ¡dígoelo yo!... Mi padre fué un hombre de provecho

y tuvo olivares, molinos y los graneros bien provistos... y nunca supo de letras, ni de latines... ni otras complicaciones. Sólo supo rezar, que buen cristiano sí lo era.

En cambio mi pobre marido, que en gloria esté, republicano fué y hablaba en las elecciones, y había estado en los Madriles y sabía de no sé qué cosas de Federación, que ya me parece que es saber... Pues consiguió arruinarnos a todos, y muerto quedó el pobre de un berrinche un día de Agosto, por haber discutido en cuestiones políticas... Conque, ¡ya ves!... Déjate de libracos, hijín. Un beso ¡ea! ¡a correr por el pasillo con el perro!...

Estefanía se indignaba: "¡Iba a maleducarle al chico!..."

—Librada—decíale muchas veces—si usted persiste en esa actitud tendré que despedirla.

—¿Despedirme a mí, señorita mía? ¿A mí?... ¿Al ama del Andrés nuestro?... ¡El Señor del Cielo no se lo tome en cuenta!... Herejía parece, más que palabra de cristiano! ¿Pero es eso posible? ¿Echarme después de diez años de tenerme como una esclava?...

Y cuantos más años de servicios pasaban, más fuerte se hacía la sirvienta, con sus disculpas, ensordecedoras, que eran como una canturía interminable que se extendía por la antigua casa silenciosa.

A Andrés se le tenía por un buen estudiante, pero a veces mostrábase con esas violencias juveniles y esos arrebatos de cólera tan frecuentes en los meridionales. Si durante esas crisis nerviosas Estefanía le reprendía, el adolescente tocaba el corazón de la muchacha con una queja.

—¿Por qué no tendré yo madre?... ¡Ah! si mamá viviera no sería tan rigurosa conmigo.

Y siendo aún muy pequeño, un día en que se lametaba en la escuela de la rigidez de Estefanía, un muchachillo descubrióle el misterio...

—¿Sabes por qué te hace estudiar tanto?... ¿Sabes por qué no te deja ponerle bigotes a las figuras del catecismo, ni esconder las pasas entre las hojas de la Geografía?... ¡Porque es tu hermanastra! Las hermanastras son todas muy malas. ¿Tú no has leído la historia de la Cenicienta?... Pues yo te dejaré el libro para que lo leas, sin que ella se entere. En esa historia lo dice: las hermanastras son todas muy envidiosas y muy despóticas.

El amiguíto, buscó textos para documentar a Andrés del historial escafofrante de las hermanastras crueles durante los pasados siglos.

Un domingo lluvioso Andrés invitó, por indicación de Estefanía, al condiscípulo a merendar en la casona.

El muchacho ilegó, ocultando bajo la capa los documentos nefastos. Andrés se estremeció al ver el paquete de libros, atados con una roja trenchilla arrancada del mandil. La hermanastra acogió efusivamente al amiguíto de Andrés. Le quitó el sombrero, los chanclos, le despojó de la capa poniéndola a secar junto a la chimenea.

Cogió el paquete de libros y lo dejó sobre la mesa del salón.

—¿Qué libros son estos?...

Los dos cómplices cambiaron una mirada... balbucientes dijeron a un tiempo.

—Son... son cuentos...

—¡Ah! sí: "Blanca Flor" "Cenicienta" "La rana encantada" ¡Muy bonitos!... Leedlos, ricos míos... Leedlos. Sentaos aquí. ¿Estáis bien?... ¡Así! Cuando queráis merendar llamáis al ama Librada, ¿eh?

Y se alejó después de haberles acariciado maternal. Cuando, sorprendida por el silencio de los niños, volvió al cabo de media hora, halló a Andrés y a su amiguíto detrás de un butacón, escondidos, leyendo en voz baja los relatos ingenuos.

—¿Pero por qué os escondéis, diablejos?... Si a mí me gusta que leáis.

Prefiero que practiquéis un poco en la lectura a que estéis dando saltos y rompiendo media casa.

Ante la imaginación de Andrés aparecía en su hermana la hermanastra de los cuentos que acababa de oír. Primero llegaba cautelosamente como una ogresa devoradora de niños, y cuando acariciaba sus rizos, creyó con espanto, que le clavaba el alfiler de cabeza negra, que le convertiría en un animalejo cualquiera.

Aquella noche, mientras se dormía, pensó si tendría que estudiar aritmética, por estar en poder de la hermanastra cruel, la que le hacía tomar sopa de sémola y le obligaba a tragar dos cucharadas de aceite de hígado de bacalao antes del almuerzo y de la cena.

Después de hacerse estas amargas reflexiones, Andrés tornóse taciturno. Sufrió en silencio una imaginaria persecución. Soñaba con el padre ausente, que él imaginaba condescendiente, y tiernamente comunicativo; pensaba en aquella madre tan buena, tan delicada a quien nunca tendría a su lado para librarse de las garras de la hermanastra implacable.

Los días se parecían demasiado para su modorra tristona de estudiante sin libertad. Alguna vez Librada decía a la señora:

—¡Hay que ver al niñín cómo crece! Diríase que es ya un hombre.

Y Estefanía elevaba al cielo sus ojos luminosos y respondía con voz enternecedora:

—¡Un hombre! ¡un hombre! ¡Ojalá, Librada! ¡Ojalá! Pero aún falta, aún falta formar ese carácter, esa voluntad...

—¡Es tan estudioso!

—Ahora sí; pero bien he padecido hasta encauzarle.

—¡Era tan pequeñarro, señorita!... ¿Cómo podía pedirle formalidad a un cominín como era nuestro Andresillo, cuando el hijo mío, empezó a bregar con libros y más libros?... Demasiado

bueno ha sido, ¡que otro en su lugar!... Criado sin un padre... sin una madre...

—Por eso mismo, Librada, por eso mismo era preciso que este niño fuese hombre antes que los demás, antes que se sintiera arrastrar por los desvarios de otros jóvenes de su edad. Por eso mismo yo, aun a trueque de perder su cariño, de que me mirara como a un enemigo, he tenido que imponerme a sus voluntariosas fantasías y realizar el milagro de su educación. Esa educación me ha costado tantas lágrimas... tantas inquietudes y sacrificios.

—¡Ya, ya!... quien como yo lo ha visto puede decirlo, que bien hermosa era la señorita y bien solicitada hubiera sido de no haberse encerrado en la casona como una monja en el convento. Y bien que venían aquí las amigas a convidarla a fiestas, y la señorita... ¡nada! encerrada siempre, cuida que te cuida a su Andresín. Ya puede agradecerle el mozo lo que por él hizo la hermanastra, que más no lo hace una madre... ¡ni un padre! que ya sabemos todos cómo se portó el padre— ¡Canalla! —Casarse con una vieja rica allá en las Américas, y no volver a acordarse de su hijo... Y en cambio la señorita vendiendo sus tierrcitas de Avendaño, y la casita de campo para dar educación y comprar matrículas, y hacer que el niño vaya a los Madriles todos los años...

—¿Qué importa todo eso, Librada?... A mí en quedándome este rincón desde donde ver feliz al chico... ¿qué más puedo desear? Le he sacrificado mi juventud... Es decir, mi vida, porque la juventud es la vida de las mujeres, con gusto. Ahora le veo sano, alegre, en vías de ser un hombre de provecho, de que pueda casarse y ser dichoso... ¡Dichoso, sí: Ya que yo no lo he sido, al menos, que él pueda serlo!

Librada suspiró compadeciendo:

—¡Pobre señorita! La verdad es

que no ha sabido lo que es felicidad, por el monigote del hermanuco...

—Sí—rectificó prontamente Estefanía con una sonrisa de generosa resignación.—Sí: he sido feliz, soy feliz. Andrés ha sido para mí un consuelo, ha sido el objeto de mi vida. Muchas veces me parece imposible pensar siquiera que no es hijo mío. Sí, sí; es mi hijo, ¡mi hijo querido!

Después, dispersando sus pensamientos por el presente sereno y por los inquietos días pasados, dijo como en un soliloquio:

—...Y, sin embargo, él no me quiere como debiera quererme. El no ha llegado a comprender nada de nada. Y es que él no imagina lo que son esos años, esos dos años primeros de la existencia de un ser que vive la vida material sin el freno del raciocinio. El no imagina los sacrificios a que obligan los llantos inconscientes de un niño. El no sospecha lo que son esas largas noches de desvelos junto a la cuna en donde hay una criatura demasiado indefensa, para que no nos emocione, para que no nos mueva, a la abnegación, al inmediato socorro, para que no nos haga ser madres, aunque no lo seamos. Pero él no puede comprender, porque su corazón, harto joven, aún no sabe apiadarse, lo que es renunciar al sueño cuando el cuerpo está rendido; lo que es cantar una canción sin eco ni alegría, bajo el frío en invierno y en la enervadora calma del estío. El no sabe la angustiosa interrogación que me sacudía, cuando sentía entre mis manos sus manecitas ardientes por la fiebre... ni sabe de las renunciaciones, en las líricas horas del ocaso, cuando un hombre enamorado rondaba la casa. ¡Cuántas veces he cerrado los balcones para no ver... como cerraba mi espíritu al ensueño!... No quería saber nada, no quería oír nada... Y si llegaba a mis oídos el paso rítmico que en el silencio de la calle parecía un llamamiento rumoroso, acunando a mi pequeño entre mis

brazos decía "Cuando esté dormido me asomaré al ventanal" y cuando el niño se dormía... le besaba para despertarle, para no acudir nunca a aquella reja, a través de cuyos espesos hierros creía que alguien podía robarme el amor que había de ser sólo para el hermano sin padre, sin madre, sin otro consuelo, sin otro cariño que mi cariño y mi amparo.

La señora y la vieja sirvienta cuando hablaban así, siempre lloraban. Había en sus confidencias una sombra de melancolías pretéritas. Las dos habían visto languidecer su lozanía como frutos fragantes en la sombra de un silo.

.....
Cuando Andrés fué ya un hombre reflexivo, comprendió su error sin arrepentirse. Reía de sus creencias infantiles y hasta llegó a confesar a Estefanía el horror que le inspiró durante la adolescencia, aquellos temores que sentía en su presencia, los sombríos rencores por su severidad previsor.

Esforzábale ella por tomar a broma las confesiones del hermano, pero ante aquellas revelaciones sentía un dolor tan grande, un desencanto tan sincero, que no pudiendo ocultar sus lágrimas, tenía que cortar bruscamente la conversación y regañar a Andrés, como a un chico irrespetuoso.

—¡Vaya! ¡vaya! —decía—. Si es verdad que me has tenido por una ogresa, lo menos que podías hacer era callarte el secreto y no tener el cinismo de decírmelo.

—Bien está —respondíale Andrés, con ánimo de fomentar la discusión.— Bien está... me callaré. Luego dices que no me confío nunca contigo... ¿Ves como eres una verdadera hermanastra?...

Y se alejaba riendo, dejando a Estefanía más triste, más sola.

Pero el corazón de aquella mujer era tan fuerte como su ilusión y cada vez que su hermano dejábase sospechar el olvido total de su sacrificio,

ella en lugar de sentir renacer rencores sentía que florecía una nueva ternura. “¿Es que no habré sido con él todo lo buena, todo lo desinteresada que su orfandad requería?... ”

Se atribulaba, llena de remordimientos, quería recompensar al hermano de su severidad pasada, haciendo por él nuevos sacrificios. Ahorraba cuanto podía. Suprimía todos sus caprichos. Sostenía con Librada verdaderas batallas.

—¡Cuánto gasto, mujer! —decíale —Es escandalosa esta cuenta de hoy... ¿pues y la de ayer?... ¡No puede ser, no puede ser... no puede ser!... Es preciso gastar menos!...

La vieja rezongaba avergonzada.

—Pero señorita mía ¿cómo quiere que se haga la compra con menos?... Yo, bien lo sabe Dios nuestro Señor, que regateo hasta no poder ni pasar por muchos puestos del mercado... Y como luego, al niñín hay que darle lo mejor de lo mejor... ¿Por qué no se suprime un plato, señorita?... Un postre, pongo por ejemplo.

—¡Jesús!... No dispare, Librada... ¿Vamos a quitarle al chico sus gustos?

—Vamos, que ya no es un corderillo; que bien hombre es.

—Para usted y para mí debe ser siempre nuestro niño y, no sé por qué vamos a privar a la criatura de sus golosinas. Precisamente si yo quiero economizar es...

Y, confidencial, explicaba a la criada sus proyectos; sin que él lo supiera, iba a abonarle al teatro. Además, era preciso suscribirle a tal o cual revista extranjera. ¡El muchacho tenía que estar al tanto de lo que pasaba en el mundo! En otras ocasiones era que se aproximaba la fecha del cumpleaños... otras veces los días de Navidad y Reyes... La cándida sorpresa de los Magos caldeos no dejaba de tocar todos los años el corazón de Andrés, con sus dedos de leyenda, y cuando regresaba del Casino o del tea-

tro, hallaba en el balcón sus botas más viejas y en ellas los regalos más espléndidos del año.

A veces los dispendios de Estefanía, en ese día solemne llegaban al derroche y hasta prendían en la modesta bolsa del ama Librada que contribuía a la sorpresa con un regalito sometido a mil discusiones.

Comenzó el ama regalando al pequeño un muñeco de a cuatro cuartos, y por fin, reuniendo sus economías decidió contribuir a la adquisición de una espléndida bufanda de seda que Estefanía había encargado al camiserero de su hermano.

Apenas la señora, conmovida por el tímido ofrecimiento del ama, aceptó su proposición, Librada echó a correr, con febril alegría. Asomó al ventanal de la cocina su rostro tostado junto a la blanca cortina de lienzo.

—¡Marcelina! ¡Marcelina!...

—¿Qué se la ofrece, señora Librada?—dijo Marcelina apareciendo en la ventana del piso segundo.

—¿Está tu señorita?

—Sí que está. ¿Quiere usted algo?

A poco, envuelta en una piel, apareció Pachita, con su carilla juvenil risueña y sus ojos vivos más interrogadores que sus labios.

—¿Qué? ¿Ocurre alguna novedad, ama Librada?...

La vieja miraba hacia arriba guiñando un ojo y cerrando otro, como un loro cansado, contemplando el volar de una paloma. Llevaba Librada una cazuela reluciente, como un oso lleva un pandero, y cuando Pachita preguntó de nuevo:

—¿Qué ocurre ama Librada?

Ella respondió:

—Si es que de orgullo no puedo hablar. Mire usted, señorita mía lo que ha pasado... una... ¡pues claro!... no quiere quedar mal y como mi Andrés no es ya un niño como lo era antes, pues... ¡claro! Una no sabe qué regalarle y entonces se me ocurrió decirle a mi señorita si quería

que comprásemos una cosa a medias, y va mi señorita—que más buena no la hay—y dice que sí, sin orgullo ninguno. Y cádate que se me ocurre decir que si quería que comprásemos entre las dos la bufanda de seda que le encargó al camisero y va la señorita y dice “Sí, mujer; lo que quiera”. Y eso le regalo yo: una bufanda con la mar de rayas como las telas de los colchones baratos, pero que dicen que es lo que está de moda y que es lo que usan todos los elegantes. Y ¡claro! pues... Ahí tiene usted que esta noche le damos la sorpresa.

—¡Ah, es verdad que es la noche de Reyes!...

Y Pachita quedó suspensa, rememorando los días felices de su infancia, cuando sus padres sorprendíanla alegremente.

Era Pachita hija de una compañera de colegio de Estefanía que se había llamado Rosario Viñals. Rosario Viñals pobre, bonita, perteneciendo a una antigua familia de noble abolengo, habíase enamorado a los diez y ocho años del señor de Pachecos, diplomático cincuentón, un poco poeta y un poco extravagante en sus aficiones.

La familia se opuso a aquellos amores, pero al fin triunfó la novelaría y don Anselmo de Pachecos, tras sacar depositada a Rosario la hizo su esposa y partió con ella al extranjero. Después de haber vivido una vida fastuosa en todas las capitales de Occidente el señor de Pachecos dejaba de existir, como un gran señor y un buen poeta, bajo el cielo azul de Florencia en un día tibio de primavera.

Su viuda y su única hija, Pachita, se vieron solas, desorientadas en la vida. Quedáronles, como bienes de fortuna a la viuda y a su hija, un seguro considerable, que una vez cobrado y convertido el dinero en papel del Estado, rendiría lo suficiente para vivir con decoro, pero sin el lujo a que se hallaban habituadas.

Refugióse Rosario en la tierra na-

tal donde sus parientes la acogieron con frialdad. Sujeta a una existencia modesta, llegó a preocuparle tanto el porvenir de su hija, encerrada en plena juventud, en un rincón provinciano, que su razón fué oscureciéndose.

Unos años después moría extenuada por la pena y próxima a una demencia peligrosa.

Pachita rogó a Estefanía—la sola amiga fiel de su madre—que le arrendase el piso segundo de la casa. Se instaló allí con su doncella y una cocinera más parlanchina y vieja que el ama Librada.

Por un exceso de amor propio alternaba a penas en sociedad. Hacía una vida retirada para evitar gastos que no podía sostener. Era inteligente; de gustos refinados; de belleza suave, de aristocráticas maneras y ambiciones altísimas. Su amiga predilecta, a pesar de la diferencia de edad, era Estefanía. Para visitarse no guardaban etiqueta alguna: se llamaban simplemente desde uno de los ventanales de aquel ancho patio ornado de columnas de granito, en cuyo centro un aljibe con forjados herrajes mostraba el disco negro de su boca en donde se columpiaban verdes culantrillos y rubias florecillas temblorosas.

Pachita acostumbraba a bajar al principal para dar compañía a la hermanastra de Andrés. Unas veces leían tiernos poemas sentimentales, otras tardes hablaban simplemente. Estefanía gustaba de escuchar los relatos que Pachita hacía de su vivir en Londres, siendo niña, de su paso por las playas de moda, por los verdes campos de Francia, y más tarde, aquellos comienzos de su educación artística en Italia.

.....
Todos los atardeceres Pachita daba su adiós a la luz del sol, con una sonata melódica. Apenas comenzaba el ocaso, dejaba vagar por el aire el sonsonete trémulo de una vieja canción de Italia como un pájaro herido

revoloteando junto al nidal, sin poder llegar a él con sus débiles alas.

Aquella tarde, apenas la señorita de Pachecos dejó de hablar con la vieja Librada, tuvo una idea. Sorprender a su amiga con un regalo de Reyes. Salió, al efecto, con su doncella, pero por el camino iba pensando que el mejor regalo para Estefanía era llevar a Andrés cualquier obsequio, por insignificante que fuese. ¿Qué le compraría? Dudaba, con esa desconfianza de todas las mujeres antes de hacer un regalo a un hombre. Por fin se decidió. Encaminándose a su casa aún dudaba. ¿Le gustaría? ¿Había acertado?...

—A mí me parece que está bien.

—Estefanía—dijo entrando.—Vengo en calidad de Rey Mago.

—¿Y eso, hija mía?...

—Pues... verá usted. Me ha dicho Librada que prepara usted a su Andrés, como cuando era niño, los regalos para esta noche y yo traigo el mío. Mire usted. No sé si le parecerá bien, ¡las mujeres no entendemos de estas cosas! No crea usted que es nada nuevo. Una caja para corbatas y pañuelos.—¿Qué le parece a usted?

—¡Pero hija...! Es una maravilla!...

—No, no se burle usted...

—Te digo que es una maravilla... ¡qué forma tan original!... Preciosa, lo que se dice preciosa. Hija, ¡cuánto te lo agradezco! ¡Qué atenta eres, Pachita!... ¡Y ese necio de Andrés!... Sin terminar la frase se quedó mirando a la muchacha. Por su imaginación cruzó como un chispazo la idea. ¿Querría Pachita a su hermano?... No sería extraño. Y Andrés, ¿qué le parecía Pachita?... ¿Le gustaría?...

Se miraron. Las dos pensaban de pronto, lo mismo. La señorita de Pachecos leía en los ojos de su amiga crepuscular y reflexiva, como en los ojos de una niña que delatara su inquietud. Estefanía, no obstante 'no

veía en el rostro de la hija de su antigua condiscípula, emoción alguna.

Hubiera querido sorprender en ella un gesto... una tierna vacilación para tenderla los brazos; pero Pachita permanecía indiferente mirando el estuche de antílope con sus ojos claros, curiosos y un poco burlones.

Viendo que Estefanía reflexionaba y sospechando que tras la reflexión hablaría, la interrumpió:

—Andrés tendrá hoy muchos regalos.

—No, hija. Este recuerdo tuyo, que es el mejor de todos; algunas cosillas que le he encargado yo... todas cosas útiles. La bufanda que el ama Librada le regala... Ya supondrás que en estas bromas no puede intervenir más que la familia... Vamos... nosotros, los íntimos... los.. Porque tú, pues... ¡como de la familia! Por lo menos... a mí me lo parecen. ¡Qué más quisiera yo!...

Iba a proseguir y temiendo Pachita que su amiga intentase interrogarla...

—También podía contribuir a esta broma la novia...

—¿Qué novia?

—La novia de Andrés.

—¿La novia?

—Sí: la chica de Bernal, ¿qué, no lo sabe usted?...

—¡La chica de Bernal!... ¿María Elena?... ¿La del fabricante?...

—Sí: esa tan rica; la nieta del célebre señor Gómez y Bernal que ha montado tantas fábricas de tejidos al estilo norteamericano. Dicen que son unos talleres prodigiosos, verdaderas ciudades obreras. La otra tarde, para explicárnoslo, decía Quinito Torres, que allí entra por la puerta del Pradillo—que es donde están montados los primeros talleres—una bala de algodón y que a las dos horas sale por los almacenes de la calle Real un caballero-con gabán-levita. Dice que allí se fabrica todo... ¡hasta el comprador! Pero ¿qué cara es esa, Estefanía?...

—Hija, una cara de ver visiones. Todo eso del noviazgo de Andrés con la de Bernal es para mí un enigma. ¿Estás segura?...

—Segura... segura... ¡no sé! Lo dice mucha gente. El la acompaña siempre. En el baile del Casino fué su pareja.

—¿Sí? ¡Pues poco que coqueteó la niña con Jorge Montesa y con el de Forselas!...

—¡Bah!... Es natural que coquettee. Es joven, muy vistosa... Educada en libertad absoluta.

—¡Y tan absoluta!...

—Verdad. Es una chica buenísima.

—Porque María Elena es buenísima, pero ¡qué libertades!... Sobre todo para vivir aquí, en una capital de provincia. Eso cuando va a Biarritz, en verano... ¡pero aquí!...

—¡Toma! ¿Y las fiestas en su casa? Por supuesto yo no iría ni a tiros. Pero ¡ese afán de dar tés como si esto fuera París! ¡Qué ridiculez! Aquí que nos conocemos todos y, si a mano viene, vamos de una casa a otra en zapatillas, hacer ese alarde de mundanismo y recibir una vez por semana y dar comidas dos veces al mes y pick-nick todas las primaveras y cacerías todos los otoños... ¡Jesús!...

Eso lo hace para pescar novio, ¡a mí que no me digan! ¡Y este chico sin decirme nada!...

—¡Bah! eso no tiene importancia. No querrá participarle a usted nada hasta tener formalizadas las relaciones.

—¿Formalizadas? ¿Pero tú crees que Andrés va a casarse con esa muchacha?...

—¡Pues claro! María Elena es hoy uno de los mejores partidos. Bonita... rica...

—...Loca...

—Esos son defectos de educación. Caprichos de millonaria. Así como el abuelo Gómez Bernal ha querido montar su fábrica a lo yankee, el papá Bernal ha querido tener una niña

también de apariencia norteamericana.

—Sí; eso es muy bonito para una película, pero ¡si vieras que expuesto es en la vida!...

—No: si Elena se casa con Andrés es porque está realmente enamorada. Y si está enamorada verá usted cómo se deja de excentricidades.

—De todos modos...

—¡Chits! Calle usted. Sí, es Andrés.

—Sí, es el niño—dijo Librada entrando.—¿Abro?...

—Pues claro, mujer. ¿Pero qué pasa?... ¿A qué vienen esas lágrimas?...

—¡Ay!...—gimoteó la buena mujer secándose el lloro que inundaba su cara reluciente.—¡Ay!... que he estado oyendo detrás del tapiz, como es la mi costumbre, y me he enterado de todo: de lo del noviazgo con la niña de Bernal, el de las fábricas..., y lo de que puede que se case. Y usted, mi señorita, no lo debe consentir. ¡Que esa no es mujer para el niño nuestro!

—Tiene razón, ama, tiene razón; pero ¿cómo voy a impedirlo?... El hará lo que quiera.

—Pues opóngase, señorita...

—Vaya usted a abrir, ama, vaya usted, y que no la vea llorar, ¿eh?...

—Por lo que me ha dejado adivinar el ama, tenemos disgusto en puerta—entró diciendo Andrés, para acabar pronto las discusiones.—Puedes empezar a recriminarme...

Pero advirtiéndole en la penumbra del salón una figura imprecisa, se detuvo. Encendió la luz.

—Perdone usted, Pachita; he entrado en actitud de estudiante cínico sin saber que le daba usted compañía a mi hermana... a mi señora hermana que, por lo que veo, tiene motivos para acusarme de un grave delito. ¿No es así?... ¿Qué te han contado?... ¿Qué te han dicho?... ¿He raptado a media docena de novicias?...

—No echas a bromas las cosas, An-

drés. Luego dices que soy suspicaz y gruñona... ¿Es justo que todo el mundo sepa que tienes relaciones con María Elena Bernal, y no me hayas dicho una palabra?...

Andrés tornóse súbitamente serio. Miró a Pachita con una rápida mirada de rencor. Comprendió que le había delatado y se contuvo por no ser descortés. Luego dijo muy lentamente, dirigiéndose a su hermana:

—En primer lugar, no tengo relaciones con la señorita de Bernal, y en segundo lugar, si se hubiera fijado en mí, sería una distinción que debía enorgullecerte en lugar de hacer de ello motivo de disgusto.

Hubo un gran silencio, durante el cual Pachita recogió del sofá el sombrero y el manguito, y se dispuso a marchar. Estefanía, tristemente mortificada, comprendió que Andrés mostraba el temperamento voluntarioso de su padre. Hubiera sido inútil insistir.

—Está enamorado—pensó.

Contempló al muchacho.

Con las manos en los bolsillos, apoyada la frente en los cristales del ventanal, miraba Andrés, sin ver, a la calle estrecha y solitaria, sombreada, bajo el crepúsculo invernal, por la oscura mole del palacio fronterizo, el palacio centenario de los Montellars, cuyo heredero había nacido el mismo día que Andrés, y a la misma hora.

En el corazón de la hermanastra temblaron todos los recuerdos.

Pensó en aquel día lejano. Recordó sus anhelos de madre sustituta. Todo el éxodo de inquietudes y amor por aquel hijo se clavó en su frente como una corona de espinas... ¡Su Andrés, su Andrés ya no era suyo! Ya no era su criatura! Era un hombre que la reprendía severamente por haberse atrevido a censurar su silencio caballeroso!...

La muchacha frívola robábale, como un juguete más, el solo objeto de su vida, a su hijo adorado a quien

ella aún acariciaba como cuando era adolescente.

La situación era tan violenta, que Pachita decidió marcharse.

—Adiós, Estefanía; hasta mañana.

—No, hija, no; quédate. Andrés: esta niña ha sido tan amable, que ha traído, de parte de los Reyes Magos, un estuche para ti...

Andrés, un poco desconcertado aún, protestó:

—Pachita, esos Reyes Magos han comprendido que era mejor dejarse guiar por usted que por la estrella, han venido hacia nuestro país... Y ya una vez aquí, no han tenido más remedio que descargar las alforjas, ¿verdad?... De otro modo no se explica que hayan sido tan dadvivos...

Andrés hablaba esforzándose por sonreír. Se traslucía, a través de su cordialidad, un inquieto rencor por Pachita.

Para dar mayor intimidad al momento, dijo Estefanía:

—Hija, dile al ama que traiga el estuche de las corbatas de Andrés. Anda, hija mía, anda...

—¿Cómo el ama? Yo, yo mismo—replicó Andrés.—Yo, yo mismo voy a hacer un auto de fe con la vieja caja y a colocar solemnemente las corbatas en este maravilloso estuche...

—¡No!—protestó Estefanía.—Inaugura todo lo solemnemente que quieras el regalo de Pachita, pero nada de hacer auto de fe con mi caja. Era un estuche de guantes de nuestra pobre madre: ¡figúrate, Pachita!... Está viejísimo, deslucido... ¡Pero lo bordó ella!... ¡Recuerdos! ¡De los pocos recuerdos que quedan!—suspiró.—Parece que la veo bordando junto a ese mismo balcón. Se sentaba ahí... Mi madre era muy rubia... Tenía una cabeza de oro. ¡Los ojos tan claros!... ¡Parece que la veo!... Con su bata blanca, como un hada... Entonces se usaban mucho las batas blancas, y llevábamos unos cuellos... así... en tul, en gasa... En encaje también... El de

mamá era de encaje; un cuello así; como un estilo Médicis... Ella tenía una bata blanca que iba muy bien a sus cabellos rubios. Mira, ¿ves la caja?... Si; ya está pasada de moda, pero; la quiero tanto! Tú la has visto siempre en casa, ¿verdad, hijo mío?; La bordó la pobre mamá!... ¡Aún no habías nacido!... La mandó forrar en raso granate, ¡entonces era moda!... Tiene su llavecita, ¿dónde está la llave?; La has perdido!...

—No... Aquí está.

—¡Ah!... Dame. ¿Ves?... Mira qué bien bordaba mi madre. ¡Ya quisiera yo!... Fíjate, aún está conservada... sí: pasada de moda, pero bien conservada. Tiene, como un baulito, sus bandejas. ¿Ves? Aquí se pueden guardar alhajas. Un estuchito cerrado...

—¡Bueno!; Nada de lágrimas!

—No, hijo, no lloro, no. ¡Pobre mamá!...

—¡Vamos! Ya has hecho llorar a Pachita. No llore usted, Pachita.

—No lloro, no. Me acuerdo de mi madre. También mi madre bordaba... Le gustaba mucho hacer estos primores... Mi madre bordaba muy bien... No tan bien, ¿eh?, pero muy bien. Ya últimamente... no. ¡La pobre! Todo recuerdo se oscurecía... ¡Sufria tan-

to en el horror de su demencia!... Creía ver sombras... oír lamentos... Ya no bordaba la pobre mamá; no podía bordar, ni salir de paseo, ni podía oír música... Cantaba alguna vez, pero cantaba mal; cosas tristes... imprecisas... oscuras... ¿Qué querría decir?... ¿Por qué cantaría con aquella voz tan desgarrada?... ¿Quién la llamaba?... Ella siempre decía que la llamaban y tenía que acudir... ¿Dónde quería ir?... ¿Dónde se fué?... ¿Por qué esa voz misteriosa que sólo ella oía fué más fuerte que mi voz?...

—No llore usted, Pachita.

—No. Lloro por mamá; cuando se llora por las madres, parece que no se sufre... parece que se las llama, nada más; parece que ellas no podrán vernos llorar sin venir a secar nuestras lágrimas, estén donde estén, aunque estén debajo de la tierra...

—¡Oh, si vinieran!; Si vinieran todas las madres muertas cuando sus hijas lloran por ellas, lloraríamos, como los niños, a cada instante, para que no nos abandonaran jamás!... ¡Pero no vuelven!... ¡Más que he llorado yo por mi madre!; No vuelven, no!... Eso es lo triste... pensar si ellas nos oirán llorar... Y no podrán venir. Por eso yo, muchas veces, no lloro.

CAPITULO III

—No puede ser, Andrés, no puede ser. Ya ves que soy prudente. ¡Mira que me callo a todo!...

—Pues no te calles, di. ¿Qué ocurre hoy, María Elena?

—¡Nada! Lo de siempre, que he pensado una cosa... ¡total... nada! Una bobería, pero... ¡ya ves!... De-

lante de los criados, casi a gritos, tu hermana me dice que es un disparate.

—¿Te ha dicho que es un disparate?...

—¡Bueno, así precisamente, no! Pero no le ha parecido bien, y yo... ¡La verdad! Hace veinticuatro años que

hago mi voluntad, y ahora... así... de pronto... me cuesta mucha violencia que... ¡una hermanastra de mi marido!, porque ni es tu hermana siquiera, me cuesta muchas violencias que fiscalice todos mis actos.

—Pero, ¿qué ha sido?... Porque supondrás que hay un medio para que no te moleste: que es el que tú no la hagas caso. ¿A ti qué te importa, nena? ¿Dice ella blanco?... ¡Pues tú negro!... ¡Y en paz!

—No, Andrés, no; en paz, no; en guerra. Porque si la señora dice blanco... blanco tiene que ser... Ya ves, mis primas, Luisita y Amelia, van a Madrid con el tío y con mi padre... Pues bien, hoy, hablando con Estefanía digo... así, tan natural, con una alegría de chica... “¿Sabes lo que pienso?” “No”, me contesta la madre sería—¡como siempre!, —“Pues pienso que me voy con ellos”. ¡Nunca lo hubiera dicho!...—“¿Pero ellos no van a estarse hasta el verano?” —“Las chicas y el tío, sí; pero como papá vuelve dentro de un mes, me puede traer... o si no, que vaya Andrés a buscarme... o si no, me vengo sola en el auto con Fermín, y la doncella”. ¡Chico, por poco me come!...

—Comerte, no, pero sí la molestaría... y... perdona, pero lo comprendo.

—¿Vas a disculparla?...

—No, pero... ¿tú irías a Madrid sin mí?...

—¡Por un mes!... Con mis primas, mi padre..., mi tío..., ¡hijo, no me voy a fugar!

—No es eso. No lo digo por eso; lo digo por separarnos, María Elena. ¿Es que te figuras que yo puedo vivir un mes entero sin verte?...

—¡Qué tontería!... Al cabo de tres años de casados... ¿No estoy yo en el mismo caso?...

—Sí, pero no te importa como a mí, porque lo decides y te enfadas porque quieren retenerte a mi lado.

—¡Ven ahora con romanticismos!...

Si yo no me enfado porque se deshaga el proyecto que... no era tal proyecto, sino una idea, a la cual renuncio gustosa por estar a tu lado. Si a mí lo único que en este caso me molesta, es que Estefanía, la ogresa fraterna, no le parezca bien ni esto, que es por lo visto un disparate, ni otras cosas muy razonables y justificadas que se me han ocurrido y de las cuales he tenido que desistir, porque tú eres excesivamente cariñoso y yo... bueno yo... Yo lo que soy es tonta. ¡Señor! ¿No podía ella vivir en la casona, tan cómoda, tan amplia... tan *de su época*?... Allí, con sus muebles... con sus labores... Y con su amiga Pachita, que se debe estar aburriendo de estar sola. Esa pobretona con quien quería casarte Estefanía.

—¡No digas boberías! ¡Qué había de quererme casar con Pachita!...

—¿Qué no?... Siempre está ponderando sus virtudes y sus encantos.

—Eso te prueba que tiene corazón. Esa muchachita es su amiga y habla bien de ella, reconoce sus méritos...

—Pues se ve que yo no poseo ninguna de esas grandes cualidades porque, ¡hijo!... Nunca merezco su aprobación.

—Sí, nena, sí: lo que pasa es que Estefanía no es zalamera, pero quisiera oír lo que dice de ti cuando habla con las amigas...

—¡Horrores!

—Me duele que opines así. Si no quieres que viva con nosotros, se lo diré; pero ¡sufrió tanto la pobre cuando vió tu decisión de separarnos!...

—Sí; sufrió mucho; por eso yo, con el mejor deseo, te indiqué que viniera a casa. Que se instalase con nosotros, pero recuerda también que, con mucha diplomacia primero, y luego claramente, la dije que sus habitaciones estarían en el ala izpuierda del hotel, para que así *todos* disfrutáramos de absoluta independencia.

—Y ¿no vivimos independientes?

—¡Qué hemos de vivir!... Si no

doy tres pasos sin encontrármela en todas partes. Con eso de que quiere encargarse del gobierno y buen orden de la casa... Conque si yo no debo preocuparme de nada... que ella hará... que ella deshará... hace y deshace todo y gobierna y manda en nosotros. ¡Ya ves! Con lo elegante que estaba el hotel cuando nos instalamos, que parecía an old English Hall, y ahora... ahora está todo que es un mamarracho; ahora, parece una almoneda.

—No digas, María Elena, en tus habitaciones no se ha permitido cambiar ni una silla.

—Según, porque ¿tú me dirás a qué vino eso de trocar en despacho mi saloncito estilo *Imberio*?...

—Porque con tener mi bureau en la planta baja, estábamos muy separados. Ya ves que no le doy la razón más que cuando en realidad la tiene, pero... Así yo, por las noches, cuando trabajo, oigo vuestras voces en la salita contigua, llega hasta mí algún eco de música. Sé que si quieres consultarme algo, estás a un paso, que si yo quiero decirte alguna cosa me basta con levantar una cortina. En cambio en aquel despacho en el piso bajo, ¡cuántas veces me he privado de la alegría de cualquier confidencia! Aquello está bien para las horas de bufete, cuando vienen los clientes; independiente, amplio... Pero para mí, para mis lecturas, para mis trabajos de última hora, está mejor ese saloncito tan íntimo, tan cómodo, donde puedo rodearme de tus retratos, de tus flores predilectas. Donde puedes dejarte olvidada una labor, una echarpe... Entre tus almohadones y tus libros sentimentales mis libros de Leyes. Además, como daba la casualidad afortunada de que nosotros teníamos en la casona muebles auténticos del mismo estilo que los de tu saloncito, la fusión ha sido acertadísima, porque... ya oíste lo que dijo Mr. Evans en su última visita, cuando le pedías su opinión... dijo que era un rincón *where*

the real old pices of art seemed almost as beautiful as the copied ones.

—¡Cosas de Mr. Evans! Un inglés más guasón que los españoles. Claro que es un hombre de gusto refinado. Y me satisfizo lo que dijo. ¡Por supuesto, ya lo sabía yo!... Por eso no me opuse al plan de Estefanía. Ya sé que esa caja de caudales es un mueble maravilloso. Sí; es muy elegante.

—Y práctico. Estefanía y tú guardáis en él todos vuestros *secretos*. Alhajas, abanicos... encajes... Documentos de interés... dinero... Todo cabe ahí...

—Y sobra: Aún hay un estante vacío y en el departamento de abajo hemos guardado... ¡qué se yo las cosas! Hasta bandejas de plata... juegos de té y grupos de Sevres... Hay sitio para todo, eso sí.

—Debíais dejarme un rinconcito.

—¡No! no seas envidioso. Tú tienes tu mesa, tus bargueños. Además en tu despacho oficial está el cofre fuerte que te envidiaría un banquero californiano.

.....
Aún siguieron hablando. Deribándose la conversación sobre asuntos banales, olvidaron las discusiones de las dos cuñadas. María Elena no era rencorosa. Era sencillamente un carácter impetuoso y una voluntad hecha a mandar.

Estefanía procuraba la felicidad de su hermano y cuando veía que Andrés aceptaba con alegría algún plan de su mujer, por muy descabellado que le pareciera acogía ella también la idea con muestras de contento.

En los tes, en las reuniones, igual que en los alegres pick-nick la aparición de Estefanía sorprendió siempre gratamente.

Su belleza otoñal, cálida como un sol muriente era una obsesión en el ánimo de los hombres que disputábanse el honor de conversar con ella a solas entre el bullicio de la fiesta.

Ella vislumbraba apenas la impresión que causaba y se esforzaba en pasar inadvertida, como avergonzada de sus encantos que comenzaban a darse a conocer en la hora tardía de su ocaso.

Procuraba formar parejas de muchachas y muchachos, mientras ella se alejaba con el grupo de chiquitines. Reuniales en algún bosquecillo, grato en sombras, o junto a un prado cubierto de margaritas y referiales la leyenda de estas ingenuas estrellas del bosque.

Cuando algún pensamiento doloroso hacíala enmudecer, el coro infantil suplicaba:

—Cuenta; Stephanie, cuenta Stephanie, cuenta!...

—“Pues señor... Este era el señor

Bosque que tenía mucha envidia al señor Cielo, porque el señor Cielo tenía una túnica azul recamada de estrellas, y el señor Bosque sólo tenía una túnica verde, sin tan primorosos bordados. Entonces... pasó un hada...”

—¿Las hadas son buenas?...

—Sí; las hadas son buenas.

—¿Y las ogresas?...

—No—dijo un pequeño oyente poniéndose en pie.—¿verdad, Stephanie? Las ogresas son malas, se comen a los niños.

—Sí, eso lo sé yo también, me lo ha dicho tía Mari-Lena. Verás: las hadas, los silfos y los gnomos son buenos y las ogresas malas, malas, malas como los lobos, como los gigantes y como las hermanastras.

CAPITULO IV

Hacia cuatro días que la fiebre no abandonaba a la enferma. Su agitación era tan grande que Andrés temió por la razón de María Elena.

—Estefanía—consultaba el hermano tristemente.—Tú que estás mienos aturdida que yo, ¿crees que el mal no tiene remedio?

—No pienses eso, hijo. ¿Por qué no?... El médico lo ha dicho: un ataque a la cabeza producido... ¿Dios sabe por qué causa!... El dice que por una contrariedad... Pero eso es imposible. María Elena estuvo contentísima durante toda la fiesta.

—¿Y tan contenta! Con la ilusión que tenía esa criatura por el dichoso baile de trajes!...

Así, en la zozobra de la noche, los hermanos se consultaban sin esperanza.

La enferma se quejaba siempre. De cuando en cuando, por efecto de un calmante, su razón adquiría alguna claridad, algún débil resplandor de raciocinio. Llamaba a Andrés, le rogaba que no se alejara de su lado. Advirtiéndole Estefanía que su presencia inquietaba a la enferma, se mantenía a distancia. Las doncellas iban y venían desorientadas, desordenando, más que atendiendo a cuanto su señora necesitaba. Las enfermeras, rígidas, indiferentes, con un aire de superioridad y una áspera manera de ordenar cuidaban de aquella criatura fuerte, joven, llena de admirables encantos que se debatía ante las persecuciones de la muerte.

Al comenzar a iniciarse la mejoría, a la hora de mayor quietud, Estefanía

entró de puntillas en la habitación. Sentía una profunda piedad. Le angustiaba aquella separación; pensaba en su Andrés: Ansiaba consolarle. Llegó hasta el lecho de su cuñada. Dormía. Las enfermeras, como dos esfinges blancas, miráronla con sus ojos soñolientos, indicando por discretos signos que la enferma reposaba, que era preciso no despertarla.

¿Y Andrés?... No estaba allí... Saltó en su busca, cruzando la ancha habitación junto a cuya puerta dormitaba la doncella de María Elena.

En el saloncito habilitado como despacho, Andrés, bajo la luz de la lámpara, lloraba.

La ancha caja de hierro, estilo imperio, revestida de finas maderas, con sus laureles napoleónicos en bronce, estaba abierta y en desorden. Sobre la mesa, las joyas de María Elena, parecían olvidadas, y destacándose sobre la carpeta de damasco, pliegos dispersos, cartas incompletas, escritas todas ellas con letra grande y firme.

Los sollozos de Andrés rompían el silencio profundo.

Estefanía había entrado calladamente. Con las manos apoyadas en la mesa, por sobre el busto abatido de su hermano leía entre vislumbres de comprensión y angustiosos anhelos de engañarse...

"Ven pronto, ven mañana otra vez. Ven ahora mismo..." Y en otro pliego... "Nadie conoce nuestro amor, nadie lo sabe, nadie lo sospecha" Y en cada hoja de papel una delación de la culpa y un ruego y una promesa.

Estefanía oyó todo en silencio. Andrés, queriendo guardar las joyas de María Elena, aquellas alhajas fastuosas con que se engalanaba la noche en que fué presa de su enfermedad, había buscado las llaves... un manojo de llaves pequeñas y tintineantes como campanitas alegres que María Elena escondía siempre entre sus almohadones, en su cartera, en el bol-

so de labor... y que Estefanía recordaba haberla pedido, en ocasiones, para coger alguna joya de familia y que había restituido inmediatamente a su cuñada, pues ella quería guardarlas siempre.

Andrés, con esa torpeza propia de los hombres, había buscado el cofrecillo donde María Elena guardaba sus mejores alhajas. ¡Aquello era muy complicado! Distraían su vista infinitos objetos hacinados. Cajitas cinceladas, bomboneras de esmalte, de marfil, de porcelanas antiguas. Abanicos. ¡Muchos abanicos! blandas alas de pluma, pintadas gasas, labradas maderas, vistosas vitelas. Camafeos milenarios; pesados rosarios de pedrería; devocionarios en desuso; cadenas largas, como dormidas sierpes de oro y relojes que nunca volverían a marcar los acelerados minutos de la vida... tantos y tantos diversos objetos, entre sedas centenarias, estuches vacíos, y documentos innecesarios. Allá, en el fondo, en el último rincón, casi oculto, el estuche deslucido, el estuche que un día lejano había bordado su madre, con aquellas manos primorosas que ya no eran nada más que un recuerdo santo.

Buscó Andrés la llavecita dorada entre las otras llaves y no la halló, entonces sintió un deseo irresistible, un ineludible deseo de abrir el estuche. Parecía que su impaciencia era como una sombra tangible que corría hacia el dolor, arrastrándole. No podía libertarse: abrió la caja, saltando la frágil cerradura con sus dedos nerviosos. Como un obseso contempló el estuche casi olvidado y entre blondas amarillentas y flores desecadas, bajo unos guantes perfumados, como dos manos que ocultaron amorosamente el pecado... aquellas cartas, aquellas delaciones imprudentes. No había firma, no había un sólo nombre que revelara quién las escribió, ni quién las recibía, pero Andrés se abrazó a Estefanía y ella se estremeció aterrada. Aquel abrazo era un adiós desesperado.

Y Estefanía, que nada había dicho, que no había podido pronunciar una sola palabra, gritó, como enloquecida, reteniendo a Andrés sobre su corazón.

—¡No, hijo mío, no! ¡Eso no!... ¡Eso no!...

—¿Y por qué no, Estefanía?... ¿por qué no? ¿Tú crees que ya, después de esto, puedo seguir viviendo?...

CAPITULO V

Andrés permanecía callado y sombrío. Al cabo de unos momentos el silencio le pareció tan espantoso, que temió oír algún grito terrible, alguna lúgubre campanada, algún ladrido agorero traído por el aire.

Fué, en su mediocre voluntad algo como el terror que le invadía cuando, en la adolescencia, al cruzar el ancho patio, en la noche, las columnas proyectaban sus contrastes de diversas sombras.

Levantó las manos, como espantando al monstruo del miedo y habló, habló sin saber qué iba a decir, pero habló, porque no le era posible seguir viviendo en aquel silencio donde aún temblaban las últimas palabras de Estefanía...

—“No tengo valor para consentir que por mí sufra un ser inocente. Esas cartas fueron dirigidas a mí: las escribió un hombre a quien he pertenecido.”

¿Qué dijo Andrés? ¿Cómo pudo repetir tantas veces las mismas palabras llenas de vaguedad?... ¿Cómo llegó, por fin, a condensar una idea que era como una claridad en el horror de las tinieblas, que era como una puerta abierta en el calabozo?

Cuando él estaba al borde de la tumba, una mano lo salvaba... ¿Y era la mano de la hermanastra!... Era ella la que le libraba del dolor, de la vergüenza, del desengaño... con otro dolor, otra vergüenza y otro desenga-

ño, era evidente, pero ¿qué diverso eco tenía en su corazón la palabra “culpable” atribuyéndosela a Estefanía que cayendo sobre la frente de aquella que llevaba su nombre!...

El mismo, muchas veces, sin llegar a formular claramente la idea, se había preguntado: “¿Será posible que esta hermana mía viva sin amor?”— “Amará sin decírselo a nadie, ni a él mismo.” Pero nunca llegó a hacer del caso una preocupación.

Oyó un sollozo. Estefanía lloraba. En su exaltación vibró un recuerdo. Cuando él era un niño todavía, estuvo a punto de morir. Entonces ella lloraba así también teniéndole en los brazos, disputándosele a la muerte. Su memoria retenía aquel gemir monótono. Recordó a la hermanastra joven y delicada con los cabellos negros cayendo en crenchas sobre el rostro oval, terso y sonrosado. Los ojos luminosos, prematuramente reflexivos bajo las cejas arqueadas, como aquellas de las *madonnas* de Fray Angélico. La veía ágil, elegante... y ahora parecía envejecida de pronto... ¿qué mirar tan apagado! ¿Qué mejillas ajadas! ¿Pobres hombros desdibujados! ¿Pobres pies lentos!... ¿Pobres cabellos donde las canas comenzaban a entretejerse con la crencha oscura!...

Sólo las manos seguían siendo iguales. Blancas, finas, tibias, siempre acogedoras. Y ahora las manos palidísimas cubrían el rostro, agostado, como

dos rosas trémulas que trepan sobre una escultura desbastada por los días y por el abandono de los hombres.

—Yo hubiera querido creer en ti siempre — dijo Andrés súbitamente compadecido.

—Yo he hecho cuanto he podido para que tu fe no se extinguiera, pero no me he atrevido a callar. Y... sin embargo pude no revelarte la verdad.

—¡Ah!—gritó el hermano, nuevamente colérico.—No: eso si que no te lo hubiera perdonado nunca.—¿Dejar que castigara, por ti, a una inocente?... Eso si que no: eres mala, pero no hasta ese extremo, has sabido fingir, pero no tanto... Si hubieras podido aún hubieras callado, pero sabes que la verdad resplandece tarde o temprano y si no lo has hecho por cumplir con tu deber... has tenido que hacerlo por temor a esa verdad que había de confundir tu hipocresía...

Y al terminar estas palabras nuevamente surgió la evocación lejana entre los dos hermanos. Andrés sintió los mismos terrores, de cuando arrebujado entre las sábanas, oía los pasos de Estefanía que se alejaba de la alcoba. Entonces, como ahora era la hermanastra, el prototipo de la envidia, la traición y la malignidad; la hermanastra que se viste de oro y sonríe al Príncipe mientras Cenicienta llora junto al fuego mortecino; la que tiembla de alegría, en los bosques de la fábula, al ver correr a Blanca Nieve hacia la muerte.

—Estefanía — dijo con resolución Andrés.—Me conoces demasiado para comprender que después de tu confesión nuestra vida ha cambiado...

Se detuvo: deseaba que fuera ella quien dijera: "Sí; es cierto. Me marcharé a nuestra vieja casona, sola, entre los pobres recuerdos de los padres muertos. Lejos de María Elena, cuya honestidad mancharía mi presencia. A ti no te veré tampoco: Ya no puedo abrazarte, como en los días de paz, con un abrazo igual al abrazo que te

daría nuestra madre, si no se hubiese muerto."

Pero Estefanía no dijo nada, y él no se atrevía a continuar.

Volvió a repetir, tras una pausa en la que temblaba un misterioso soplo de pasajera duda.

—Después de tu confesión, si tu confesión es verdadera, nuestra vida ha cambiado...

Pero la hermanastra pensaba: "He salvado su vida... pero ¿y su honor?...". Se agitó en la explosión de esa interrogación terrible. ¿Su sacrificio no sería causa de las burlas, del desprestigio social?... Ante esta idea se decidió a hablar. Adelantó hacia la mesa: recogió una a una las cartas deladoras para encerrarlas de nuevo en el viejo estuche que María Elena había profanado haciéndolo nidal de su secreto.

—Andrés... Oyeme... Ten calma...—insinuó Estefanía, lentamente, queriendo retardar el golpe que había de despedazar el corazón de su hermano...

—Oye, hijo mío—. Y desdoblaba las cartas...—tú sabes que yo... "Nadie conoce nuestro secreto"—decía en uno de los pliegos—"Nadie lo sospecha. El amor vive entre tú y yo. Ni mis palabras son deladoras. Si se perdiera esta carta, si alguien la hallara, no podría sospechar que eres tú a quien yo adoro y que soy yo de quien te has compadecido".

Ante esta confesión escrita, retrocedió su resolución. Si nadie más que ella y él eran dueños del secreto... ¿para qué hablar?... ¿Por qué destruir la falsa ventura a la cual Andrés se acogía con una firmeza que nadie hubiera podido creer en su carácter indeciso?...

—¡Cuando se trata de salvar la vida y la felicidad, qué insospechables energías agitan a estos hombres irresolutos!...—pensó.

Sí: Andrés creía en su culpabilidad. Estaba cierta. Y no podía dudarlo, en primer lugar, porque como nunca le

había mentido sabía que sus palabras pesaban en el ánimo del hermano, y en segundo lugar... porque él no deseaba otra cosa.

—Hijo mío: Es la primera vez que nos separamos y nos separamos para siempre.

—¿Para qué angustiarnos más con palabras inútiles—dijo Andrés sombríamente.—Nos separamos, sí: debiste separarte mucho antes de mí, cuando... cuando... ese cobarde te habló en voz baja por primera vez, cuando acordaste tu primera cita. Entonces, y no ahora... No debiste esperar a que te echara.

Estefanía se irguió, sintió como un rencor hacia quien insultaba a... aquel hombre. Comprobó con extrañeza que no sentía humillación al declararse culpable. Le pareció, por el contrario, que una ráfaga la arrastraba hacia una esfera luminosa. Parecíale que

una lejana protección hacía ser fuerte. Con las cartas pasionales apretadas sobre el pecho salió de la casa fraterna expulsada por un delito de amor, que, aún sin haberlo cometido, temblaba en ella con sus prodigalidades magníficas haciéndola ser la criatura elegida que sabe que entre el desdén de toda una sociedad indiferente hay un corazón que tiembla por ella, unos ojos que lloran, unos brazos que esperan... unos labios que han de secar sus lágrimas...

Y en aquella mujer que había renunciado al amor, despertó, de improviso, un orgullo insospechable en ella. ¡Se la suponía deseada!... digna de haber ardido en la llamarada terrible de un encuentro apasionado... merecedora de una espera impaciente... Capaz de haber desmayado, alguna vez, presa de "el dulce mal" de que habla Garcilaso.

CAPÍTULO VI

... sul margin della via
seggo soletto e gramo;
ahí, grave, amanti e lá sventura mial
Pietà di mel non amo.»

Lorenzo Stecchetti

Caía la tarde lentamente.

—Mañana llueve—dijo Estefanía en voz baja, mirando al cielo otoñal, mientras acomodaba sobre la mesa, pulcramente cubierta de encaje, el estuche bordado por su madre.

La luz se tamizaba suave, por las plegadas cortinas de tul. Un ramo de menudas flores amarillas ponía un crestar de oro sobre el alto tabor japonés, donde un monstruo fabuloso corría tras una princesa oriental, obediendo a la acción de alguna dolorosa leyenda apasionada.

Sentóse en el sofá de viejo damasco amaranto, frente al retrato de su madre, aquel pálido retrato encerrado en el óvalo oscuro del marco, como una mariposa entre cristales.

—Pachita toca el piano para despedir el día—suspiró la solterona al oír las notas lánguidas de un vals—uno de esos vales cadenciosos que todos conocemos, que todos hemos bailado alguna vez.

Pachita no se interrumpía. Continuaba, recreándose en el ritmo elegante, como si oyera la muda súplica de su

triste amiga que ansiaba que nunca terminase aquella música lejana que traía a su vida el recuerdo de otros días.

—Este vals, ¡cuántas veces fué elegido en casa para que lo bailaran las muchachas!... Las muchachas y ella... y con ella... él.

¡El!... ¿cuál entre tantos hombres que frecuentaron aquella casa en las horas alegres de las fiestas?... ¿Cuál sería? ¿Carlos Montesa?... ¿Ignacio?... ¿Felipe Alcázar?... ¿Gabriel Tormos?... ¿el diplomático Mauricio Alverdi?...

El enamorado—no obstante su prudencia—delatábase en un párrafo de una de sus cartas “soy joven, te quiero como sólo se quiere cuando se está libre de dolor y desencanto... Te ofrezco mis ilusiones aún no fracasadas, mis esperanzas vivas aún, mi fe intacta en el amor”. No podía ser el diplomático escéptico, mundano, fri-sando en los cuarenta años. No podía ser Ignacio, héroe de escandalosas aventuras, sobradamente propaladas... ¿Sería José Antonio, impetuoso, impresionable?... pero ¡no! José Antonio hubiera cometido alguna imprudencia. Acaso Jorge, ¡tan correcto, tan elegante!... Pero Jorge tenía una novia infinitamente más bella que María Elena... Acaso era César Torrelar. En César, demasiado soñador, cabía una pasión callada ante el mundo... Siempre triste; un niño casi, con sus ojos grises y sus cabellos aleonados, aparecía ante Estefanía como el cómplice de su cuñada. Con un insospechable movimiento de piedad... sin saber por qué, le disculpaba.

—Había ido arrastrado por su Destino—pensaba.

César era rico, vivía solo. Hijo de un suicida y de una dama mística y doliente, tenía el espíritu propicio al pecado.

Pero ¿cómo inspiraría confianza aquel infantilismo de actitudes tan delicadas como un príncipe adolescente

que aguardara la hora del retorno, en un destierro impropio de su rango?... No, no: ¿Y Esteban?... ¿no había escrito él, con sus habituales impacencias—él, tan activo, tan absolutista... ¿No había escrito?... “Ven pronto, ven mañana otra vez... ven ahora mismo. ¡Si supieras cuánto lo deseo!... Si lo supieras, si pudieras oír cómo te llamo volverías a entrar en el portal iluminado, como hace unas horas, cubriéndote con las pieles. Llamarías apenas, verías cómo se abría la puerta y sentirías nuevamente mis brazos entrelazarse a los tuyos. ¿Por qué soy tan cobarde que te escribo lo que debiera tener el valor de decirte a gritos?... ¡Si tú lo oyeras y lo oyeran todos los que te rodean!... Entonces vendrías, vendrías a refugiarte llorando junto a mi corazón... Y como esto tiene que suceder un día u otro... ¿por qué ese día no es hoy?...”

Y Estefanía pensaba en una tarde fría, en un ancho portal iluminado... Y ansiaba—sin ella misma sospecharlo—descubrir a quien se ocultaba detrás de la puerta que iba a abrirse después de una leve llamada... no tanto por conocer al cómplice de María Elena como por saber quién escribió aquellas cartas de amor, que ya pertenecían a ella, a ella sola.

Se incorporó sorprendida. Había oído en el silencio de la calle el rodar de un coche.

Fué al balcón. Ya no se oía rumor alguno, no se distinguía forma humana en la calle bañada por los reflejos cárdenos del crepúsculo.

El palacio de los Montellar con sus rejas de forja y sus ventanas plateadas parecía una mole misteriosa que iba a desplomarse sobre la vieja casona.

Estefanía se estremeció. Alguien hablaba en el recibimiento con Librada. ¿Sería Pachita? No: la música seguía oyéndose. Ahora era una melancólica *arietta* de Scarlatti. Pachita la había aprendido en Italia: se la había enseñado a interpretar al piano

el profesor Pierc dá Monzo, aquel cantante que se quedó ciego de tanto llorar las infidelidades de su amante.

Estefanía volvió a abstraerse en la lectura de las cartas tantas veces repetidas... "Ven pronto... ven mañana otra vez... Ven ahora mismo..."

Levantó los ojos: apoyada en el marco de la puerta vió a María Elena. Creyó soñar. Se puso en pie; la interrogó con un gesto expresivo, moviendo las manos que querían decir en su elocuente mutismo. "¿Por qué vienes a mi casa?..."

María Elena corrió hacia ella.

—Estefanía... mi pobre hermana, sacrificada por mí... yo...

No pudo decir más. Lloró, lloró sin cubrirse el rostro blanco y juvenil, sin enjugar sus lágrimas copiosas, lloró como una niña arrepentida, con las manos juntas sobre el pecho, con la roja boca jadeante. La hermanastra permanecía callada mirando a la culpable con sus pupilas sombrías, donde había un reflejo febril.

—He venido—dijo María Elena—a pedirte... a pedirte perdón... a suplicarla de rodillas que vuelva a nuestro lado.

Calló de nuevo esperando una respuesta. Las dos mujeres se miraron desoladamente. No se oía más que la estrofa musical, de lirismos latinos, que desgranaba su melancolía sobre el vasto salón, casi en penumbra.

—Estefanía, ¿me perdona usted?

—No: yo no sé mentir. Sólo he mentido una vez por salvar a mi hermano del suicidio y ¡ya ve usted si expió mi culpa!... Pero a usted no tengo por qué engañarla. No puedo perdonar. Váyase, váyase de mi casa y... si sabe, cumpla con su deber.

—Todo ha cambiado. Desde hace dos años no vivo más que para Andrés ¡Para él que no dudó de mí!... Y nada podía alejarme de mi propósito de ser suya y continuar una existencia tranquila, libre de necias vanidades, de abominables inquietudes.

—Hará usted bien.

—Pero yo necesito su perdón.

—¿Para qué?...

—Porque su sacrificio es mi castigo.

—¿Y por perdonar a usted puede aliviarse en algo mi sacrificio? No, María Elena, no: lo que usted busca es su tranquilidad de conciencia con mi perdón, pero usted ignora que su vida no está completa... no porque carezca usted de mi piedad, sino porque el recuerdo de su culpa vive perenne en su memoria. El pecado es lo que una herida en la carne, se cierra con el tiempo; no duele, no es ya herida... pero es cicatriz. Queda la señal imborrable. Así en el recuerdo queda el remordimiento, que no es ya dolor, pero es algo que ni el tiempo, ni todas las palabras que significan perdón, indulgencia... misericordia... puedan borrar. Usted cree que es mi bendición lo que usted necesita, pues bien, no es eso. Es... algo irreparable lo que usted necesita reparar y eso... ¡eso!...

—Puede usted acusarme, sí.

—Yo no la acuso a usted más que de haberme arrebatado a mi Andrés, a ese hijo de mi corazón que usted ha trocado en mi enemigo. ¡Ya es bastante!... Váyase usted, María Elena.

La arrepentida comprendió que era inútil insistir. Conocía aquel carácter inflexible de la hermanastra.

Se dispuso a salir en actitud humilde. De pronto se detuvo: tendió las manos... miró con ojos interrogadores... Estefanía dió un paso atrás colocándose ante la mesa donde esparcidas, como rosas mustias, las cartas de amor abrían sus pálidas hojas.

—Démelas usted. Las quemaré aquí mismo. Que no quede nada del pasado...

La voz de Estefanía se hizo débil y tembló como una cuerda herida por una mano delicada.

—No, María Elena, no—dijo lentamente.—¿Destruir esas cartas?... ¿Para qué?...

—Para que nada recuerde... Démelas usted, se lo suplico...

—¿Dárselas?... No: son mías. Creía tener un hijo y mi maternidad fué un fracaso. Usted me lo arrebató, quise tener una hermana y hallé en usted un enemigo, que se burló de mis consejos. Ahora que a costa de tanto dolor, de tanto abandono, poseo unas cartas que me hablan de amor... de venturosas horas, de tanta y tanta felicidad, ¿va usted a arrebatármelas también?... No: eso no. Por culpa de ese hombre desconocido ¡he vertido tantas lágrimas!... que cabe a mis dudas románticas preguntar si ha sido verdaderamente mi amante.

Y al decir esto fué ella, la inquebrantable, la que ocultando el rostro, comenzó a sollozar.

Notó sobre sus manos unidas un beso tibio y tierno, un largo beso fraternal como ¡hacía tanto tiempo que nadie la besaba!...

Su corazón iba a rendirse.

—¡Perdonar! ¡perdonar!... — pero quiso dominar sus lágrimas antes de tender los brazos.

.....
Cuando, tras un esfuerzo de su voluntad quebrantada secó su llanto, volvióse y no vió a nadie.

María Elena, avergonzada, huía por

la escalera sombría. A poco volvió a oírse en la calle el rodar de un coche.

Entonces la hermanastra más sola que jamás lo estuvo, volvió a sentarse ante la mesa y volvió a leer... "Ven pronto... ven mañana otra vez..."

—No es a mí a quien llama, y ese mañana ¡qué lejano está ya!...

Y su recuerdo, buscando una imagen, no pudo concretar la de aquel amante sustituto, cuyo nombre ignoraba y cuyos brazos jamás la estrecharían.

En el viejo palacio de los Montellar se iluminó un ventanal plateresco. Apareció la silueta de un hombre. Estefanía se estremeció...

Calló el piano allá arriba. La melodía latina enmudeció de pronto como si el ruiseñor que la entonaba hubiera muerto.

La hermanastra de Andrés entreabrió la vidriera y oyó cómo el herebero de los altivos Montellar hablaba de su amor naciente y fervoroso a Pachita que reía venturosa.

Quedóse absorta. Miró hacia arriba como cuando se mira a las estrellas, maravillada de aquel prodigio; miró como miramos los profanos a esos mundos luminosos y distantes que constelan el firmamento, esos mundos desconocidos, demasiado bellos, cuya existencia no nos podemos explicar.

Adela Carbone.

En el próximo número se publicará la comedia en dos actos

DOÑA MARÍA CORONEL

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Ayuntamiento de Madrid

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA
OPORTUNIDAD



PECHOS

Desarrolla, bellera y crecimiento en dos meses, con

PILDORAS CIRCASIANAS, Doctor Brán.

27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. **MADRID**, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; **ZARAGOZA**, Jordán; **VALENCIA**, Cuesta; **MURCIA**, Selquer; **ALICANTE**, Aznar; **SEVILLA**, Espinar; **SAN SEBASTIAN**, Tornero; **VIGO**, Sádaba; **SANTANDER**, Sotorrio; **BARCELONA**, "Centre Farmacéutico"; **VALLADOLID**, Llano; **BILBAO**, Barandiarán. Mandado

650 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para conocimiento del éxito. Descuénale de las imitaciones.

DOLOR REUMÁTICO

Nada como milagroso **ACEITE DE BOMBAY**, de fama mundial. 69 años de excelentes resultados.

¡OJO CON MEDICAMENTOS INTERNOS QUE FATIGAN ESTÓMAGO O DAÑAN RIÑÓN! 5 pesetas frasco. Madrid, Gayoso y buenas farmacias. Remítase contra pta. 8. Representante: Pousarxer. Apartado 481. Barcelona.

Aceites y grasas

:- lubricantes :-

*Insuperable
para
el engrase
de
los autos*

SUCESORES DE

E. Steinfeldt

OLEO-MOTOR



*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15

Teléfono 984

MADRID

**DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUMCION, CLOROSIS
CONVALENCIA**

ANEMIA

VINO
Y JARABE
Hémoglobine
Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre **OURA SIEMPRE**. Es muy superior a la carne cruda, a los ferruginosos, etc. Da salud, fuerza. — **PARIS**.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

SUMMIT

Tónico nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedir prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico nervioso



No pierda V. el tiempo pensando cómo se escribe tal o cual palabra o cuál es su etimología.



Es inútil que lea V. ciertos libros si no tiene un buen Diccionario para conocer el verdadero sentido de la palabra.

Los DICCIONARIOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA publicados bajo la dirección de D. José Alemany, de la Real Academia Española le resolverán todas las dudas en un minuto

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

(Segunda edición corregida y aumentada.)

Este diccionario de 1.756 grandes páginas, con un total de 120.000 artículos, contiene:

- a) Todas las voces de la 14.ª edición del Diccionario de la Academia, con numerosos ejemplos y el régimen que en cada caso tienen.
- b) 20.000 americanismos.
- c) 15.000 tecnicismos, arcaísmos y neologismos.
- ch) Numerosas locuciones latinas y extranjeras.
- d) Los principales paradigmas de conjugación de los verbos españoles.
- e) La lista de los verbos con expresión del modelo a que en su conjugación se ajustan.

Este Diccionario es indispensable a todos los que deseen escribir y hablar correctamente el idioma español.

Precio: encuadernación corriente 12,50 ptas. En 3/4 tafilete 16 ptas.

NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Este Diccionario, redactado sobre el **DICCIONARIO ALEMANY**, conocido ya en toda España y la América latina, cumple el fin de reducir el tamaño y el precio para facilitar su divulgación.

Precio: 5 pesetas.

De venta en todas las librerías, o directamente a:

RAMON SOPENA.—Provenza, 95.—BARCELONA